

# Colombia: la Industrialización a Medias

Salomón Kalmanovitz  
Profesor Titular  
Universidad Nacional de Colombia

## PRESENTACION

No sabría establecer con certeza si existe un “modelo” detrás de las formas que asumió la acumulación de capital en Colombia. La intensidad de capital se ha ido profundizando lentamente a través del tiempo obedeciendo al crecimiento vegetativo del mercado, sin que se hayan dado los saltos bruscos que acompañan los procesos industriales complejos de grandes escalas de producción. Se puede hablar entonces de que es una acumulación de tipo “extensivo” que ha recibido poco apoyo estatal: no ha existido, de por sí, una voluntad “industrializante” dentro de la clase dominante local.

Si en la primera fase hubo la necesidad de acudir a la protección para defender la balanza de pagos e indirectamente para fomentar la industrialización con medidas arancelarias y crediticias y afrontar los problemas agrarios, agravados por “la violencia”, con reformas que marcaron una intervención estatal de regular intensidad en la economía, en la segunda fase se pretendió acudir más al automatismo del mercado, aunque al final había un mayor grado de intervención que en la primera, sin haberse resuelto tampoco los problemas del campo. Pero la industrialización sí alcanzó a retrotraerse, como se verá.

El aumento de la intervención estatal se expresa en las siguientes cifras (Ver Cuadro No. 1): entre 1950 y 1975, el consumo y la inversión del gobierno avanzaron 4.5 puntos en el PIB, mientras que de esa fecha a 1985 lo hizo en 6 puntos. A pesar de varios intentos explícitos de reducir la intervención del Estado durante la administración López, lo que se logró fue deteriorar la calidad de la administración. Y el intervencionismo se vió urgido por las mismas fallas del mercado —la profunda recesión de 1980 a 1983— y las decisiones po-

líticas de ampliar los sectores minero y energético. Ahora, completados los principales proyectos, entramos en una nueva fase de franca reducción de la inversión pública y del gasto social.

Cuadro No. 1

Participación del Gobierno en el consumo, la inversión  
y el valor agregado en la economía colombiana  
(Como porcentajes del PIB)

AÑO	Consumo <sub>g</sub>	Inversión <sub>g</sub>	Cg + Ig	Servicios
1950-53	7.4	2.2	9.6	5.3
1960-63	8.3	3.3	11.6	6.6
1970-73	9.9	5.9	15.8	7.5
<hr/>				
1975	8.9	5.4	14.3	7.0
1976	8.2	5.6	13.8	6.6
1977	7.7	6.6	14.3	6.3
1978	8.6	5.5	14.3	7.0
1979	9.3	5.6	14.9	7.2
1980	10.1	7.4	17.5	7.7
1981	10.4	5.6	14.9	8.2
1982	10.9	8.1	19.0	8.5
1983	11.5	8.7	20.2	8.7
1984	11.0	10.0	21.0	9.0
1985	10.7	10.3	21.0	8.5p
1986	10.5p	5.8p	16.3p	8.3p

FUENTES: Cuentas nacionales de Colombia, 1970-1983, Dane Comisión del Gasto, Ministerio de Hacienda, 1987.

En términos globales, el peso del gasto público superó el 20% del producto en 1984, participando con el 15% del consumo final y más del 50% del agregado de la inversión en los últimos años del período contemplado. A comienzos de la década del 50 la participación global del gobierno no alcanzaba al 10% del producto y su avance fue notorio en los dos decenios siguientes: a principios de 1970 ya estaba rondando los 14 puntos del producto y alcanza el 20% en 1985, pero financiado fundamentalmente por la banca internacional. El progresivo ajuste fiscal se manifiesta con toda su fuerza en 1986, cuando descienden bruscamente en casi 4% del PIB el agregado del consumo y la inversión gubernamentales. Esta nueva reducción del tamaño del Estado significa básicamente que su capacidad de

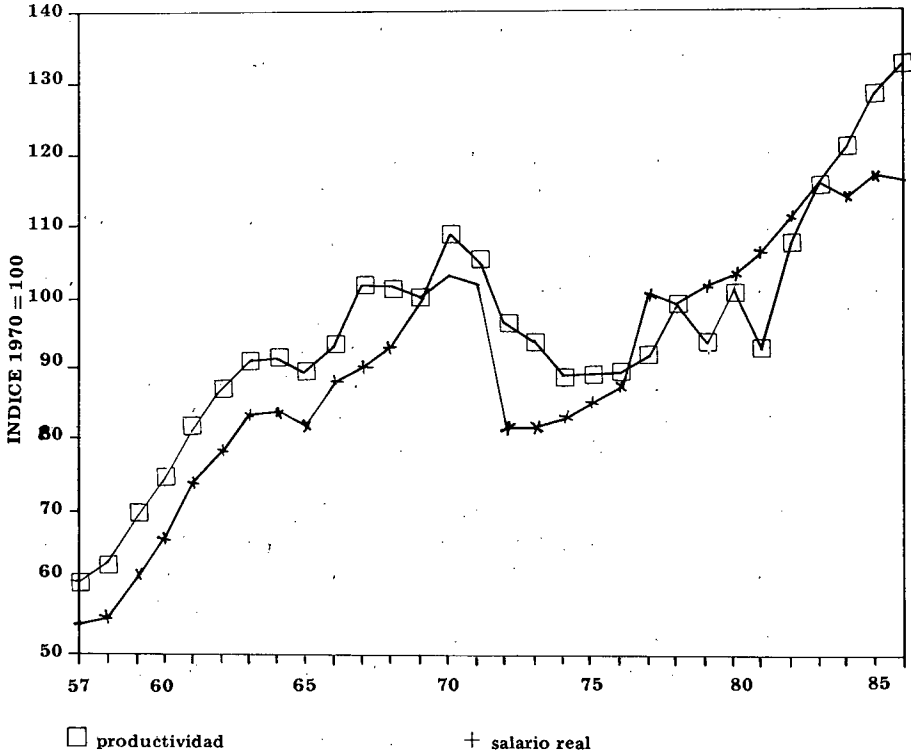
movilizar inmensas fuerzas productivas como en la construcción de presas hidroeléctricas y el complejo de El Cerrejón, una de las minas de Carbón de tajo abierto más grandes del mundo, como también del petrolífero de Caño Limón y su oleoducto, entre otros se ve mermada porque nunca recurrió el Estado a los excedentes que apropian sus empresarios sino primero al endeudamiento externo y, después, básicamente, a incrementar los impuestos al consumo y las tarifas de los servicios públicos.

Se podría hablar quizá de un fordismo "interruptus" pero la relación entre acumulación, mercado, población y distribución de la renta no garantizaría por muchos años las escalas necesarias para los aumentos de productividad y salarios exigidos en el modelo regulacionista. La industria automotriz quedó reducida al ensamblaje y las industrias de partes no pudieron exportar y no lograron por tanto las escalas que abarataran el ansiado emblema de las clases medias. En general, un mercado mayor, ampliado por las exportaciones, tampoco se alcanzó aunque entre 1966 y 1974 se observó una buena dinámica de exportaciones industriales y agrícolas.

Mucho menos existió una política salarial que relacionara la productividad con los jornales industriales y, antes bien, se procuró agudizar la competencia entre los sindicatos mismos y los no afiliados. De hecho, la atomización sindical es un legado adicional de La Violencia que en 1948 rompió el monopolio de que hasta el momento disfrutó la central sindical liberal con la aparición de una central conservadora, lo que después se complicó con el surgimiento de una comunista, otra demócrata cristiana y un sindicalismo independiente. Los salarios industriales justifican hoy en día la industria de la bicicleta y en los sectores de obreros más calificados la moto, pero excluye el consumo del automóvil. Asimismo tales salarios implican un mercado poco solvente para los electrodomésticos que, desprovistos de grandes economías de escala y de nuevo recurriendo al ensamblaje, ofrecen productos con precios más elevados que los que rigen internacionalmente. El contrabando les merma sus mercados naturales, lo que vuelve a complicar su nivel de utilización, pero permite que un número mayor de asalariados disfrute de los productos que contienen los salarios asiáticos y su gran productividad.

Un examen de largo plazo de los salarios industriales (Gráfica 1) permite diferenciar las mismas fases de intervencionismo y liberalismo: alzas sistemáticas, un poco inferiores a las alzas de productividad, entre 1960 y 1972, y un deterioro hasta 1978, que estadísticamente contribuye a apreciar que los aumentos de productividad industrial

Gráfica 1  
PRODUCTIVIDAD Y SALARIOS INDUSTRIALES



se anulan pero que de todos modos indican con certeza que la plusvalía industrial por unidad de capital se redujo también considerablemente durante el período. Nótese la espectacular recuperación de la productividad durante el período 1983-1986, impulsada por el desempleo de casi el 20% de la fuerza de trabajo industrial y la introducción de nuevas prácticas, más flexibles, de contratación.

La industrialización, ya lo sabemos, quedó frenada porque, además de presentar problemas estructurales de productividad y deficiente calidad, fue sometida a la competencia internacional. Esta, antes de realzar su eficiencia, la despojó más aún de las escalas de que carecía en sus ramas potencialmente más dinámicas. Y las exportacio-

nes se marchitaron al perder utilización interna (hubo, claro está, una profunda penetración importadora), por el genio neoliberal que logró revaluar el pobre peso y empujar los tipos de interés por encima de las tasas de ganancias.

El desarrollo industrial exportador está hoy olvidado; ha sido sustituido por el desarrollo minero-narcótico exportador que garantiza rentas excesivas o caídas estrepitosas de precios. Paradójicamente, las rentas de exportación producen efectos perversos sobre la acumulación industrial local, al financiar las importaciones que le mellan el mercado, al revaluar el peso, arruinando de esta manera su esfuerzo exportador. Más le conviene al progreso de la industrialización colombiana que no existan bonanzas cafeteras, de la cocaína, del petróleo o del carbón puesto que ellas, en vez de financiar la acumulación de capital fijo, lo que hacen es reducir su ocupación. Le conviene más que la economía viva en un precario equilibrio cambiario y que le corresponda hacer todo el esfuerzo exportador para financiarse las importaciones de planta y equipo que requiere. Se podría observar también que entre 1960 y 1974 la industria avanzó hacia mayores niveles de complejidad tecnológica al adentrarse en la construcción de bienes de capital simples y estandarizados y en la producción de bienes intermedios. En la fase de liberación, sin embargo, estos dos sectores, y en particular los primeros, sufrieron con mayor fuerza los embates de la competencia extranjera, y redujeron su participación en el producto industrial, ganando espacio de nuevo las ramas tradicionales.

Pero, en verdad, creo que no hay modelos fuera de las dos grandes tendencias enunciadas. De 1974 al presente, las políticas económicas han sido bastante consistentes en intentar reducir el papel que juega el Estado en la economía, reduciendo los tributos de los ricos y aumentando los correspondientes al consumo. Tanto la administración López (1974-1978) como la actual han pretendido darle una orientación social al gasto público y ni el uno benefició al 50% más pobre la población ni el otro va reducir en un ápice la pobreza absoluta, consignas publicitarias principales de sus respectivos planes de desarrollo. La desgravación del ahorro de los capitalistas efectuada por la última administración sólo culmina una progresiva reducción del financiamiento que hacen los ricos de su Estado. Creo que Colombia tiene uno de los IVAs más altos del mundo (10% la tarifa más baja, 15% para electrodomésticos, un 35% para automóviles) y recae en especial obviamente, sobre los productos industriales y los bienes destinados a las capas medias, sin dejar de golpear el consumo de masas. Antes de favorecer las ramas bandera del modelo fordista, la política tributaria encuentra excedentes en los bolsillos de los pre-

suntos consumidores de estas ramas, mientras que la política comercial y el tolerado contrabando les reduce su utilización. El mercado interno no será entonces fuente dinámica de crecimiento y sólo lo será la producción de bienes de lujo, como lo sugieren los alcances de la nueva distribución impulsada por las políticas neoliberales. Fuera de la construcción, las demás actividades dependientes de los bienes de lujo son intensivas en importaciones. El remoquete utilizado en la propaganda oficial para este tipo de políticas es el de "economía social", simplemente porque el exiguo gasto social que hace el gobierno lo dirige contra los más pobres. Pero está acompañado de políticas tributarias, fiscales y monetarias antisociales.

### Cuadro No. 2

Recaudo por impuestos directos, indirectos e ingresos  
de explotación de las empresas públicas  
(Como porcentajes del PIB)

AÑO	IMPUESTOS DIRECTOS 1/	IMPUESTOS INDIRECTOS 2/	INGRESOS DE EXPLOTACION 3/
1975	4.5	4.6	n.d.
1980	3.1	5.0	9.5
1981	2.8	5.0	10.9
1982	2.7	5.0	12.6
1983	3.3	4.6	14.0
1984	3.1	4.7	14.8
1985	3.3	6.0	14.4
1986	3.5	6.6	15.2

1/ Fuente: Contraloría General de la República.

2/ Fuente: Ibid, Excluye Cuenta Especial de Cambios.

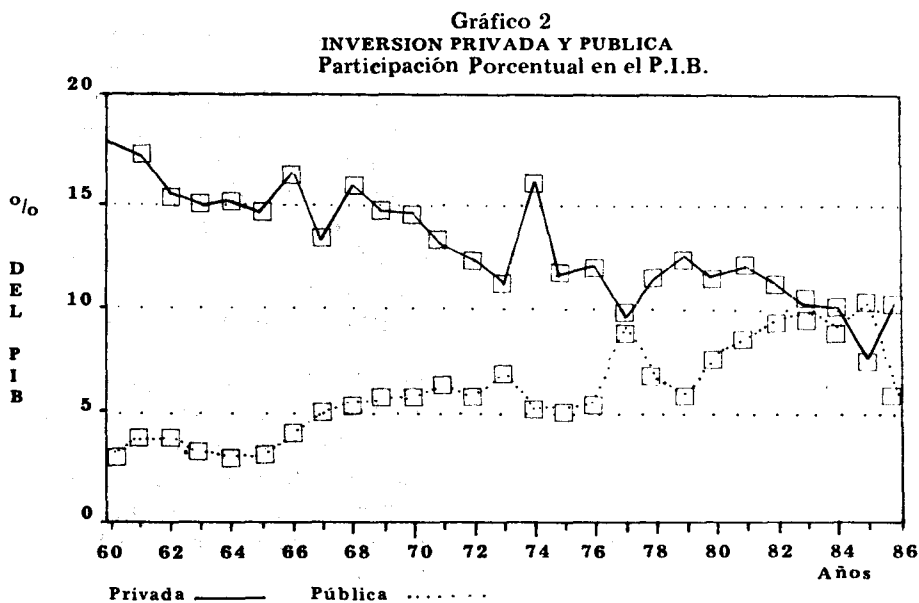
3/ Ingresos de explotación de los establecimientos públicos (como petróleo, comunicaciones, etc.) más los de los establecimientos descentralizados (Empresas de energía, acueductos, etc.).

El aumento de los ingresos de explotación se ve también influido por las ventas de mercancías. Es sustancial en los casos del petróleo y carbón, pero el incremento de ingresos de las empresas públicas municipales de servicios y de telecomunicaciones no deja de ser apreciable y contribuye también al resultado descrito.

### Las tendencias de la inversión

En los últimos 25 años la inversión en la economía colombiana y en su industria ha vivido dos grandes fases: una de gran dinamismo,

que va de 1960 a 1974, y que se ve acompañada de aumentos sustanciales de productividad. Solamente en los últimos diez a doce años del período contemplado se observa una grave pérdida de dinamismo, productividad y empleo que contrasta con el vigor de la inversión privada y las mismas variables durante el período 1960-1974 (Gráfica 2).



Analícemos ahora las tendencias de largo plazo que muestran las curvas de inversión privada y pública. Causa alarma advertir cómo la inversión privada reduce su participación en el producto del 17.5% del PIB al comenzar la década del 60, a merodear por el 7% del mismo al mediar el decenio del 80. Que la ampliación del acervo de capital privado pierda una participación del 10% en el producto en estos 26 años reviste vastas implicaciones: limita seriamente el crecimiento del producto y la calidad del mismo se deterioran por fuerza ya que la aplicación de nuevos procesos exige ampliar las inversiones, lo cual, a su vez significa una pérdida absoluta de competitividad, internacional; implica también la presencia de Planta y equipos depreciados varias veces y una capacidad limitada para responder frente a crecimientos de la demanda interna y externa; reíeja, por último, que el capital privado ve erosionarse su capacidad de generar excedentes suficientes para ampliarse, y si bien lo hace, conserva un vetusto acer-

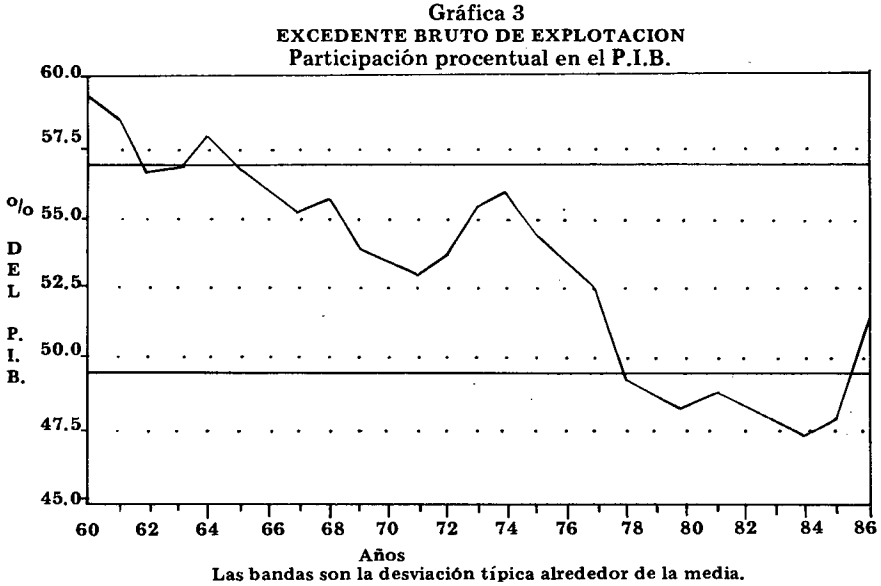
vo de capital físico. Lo anterior se confirma al analizar las cifras sobre excedentes en toda la economía y en particular de la industria, que acometeremos más adelante. En todo caso podemos asociar sin dificultad las sustanciales alzas de productividad industrial durante los años sesentas con este alto coeficiente de inversión, y el estancamiento de la misma variable durante los setenta y hasta 1983 con la reducción del esfuerzo inversionista.

El mismo canibalismo especulativo en que cayó la industria y el sector financiero al final de los setentas y comienzos de los ochentas confirma el estancamiento del sistema. Las utilidades de las empresas oligopolistas, llamadas "vacas lecheras" por Rudolf Hommes<sup>1</sup>, fueron destinadas a adquirir redes de empresas ya constituidas y a valorizar sus acciones muy por encima de las causada por la rentabilidad que ellas estaban arrojando. Excedentes exprimidos a través de la intermediación financiera libertinizada fueron destinados a propósitos similares. El mismo problema reaparece hoy con rentas del narcotráfico que sobredemandan acciones, propiedades y autos de lujo.

La esclerosis del desarrollo del capital privado fue compensada en alguna medida por el avance del capital público cuya inversión pasa de representar el 3% del PIB al comienzo de los sesentas a rondar el 10% en 1983-1985. Es una ganancia del 7% del producto, que impide que el coeficiente global de la inversión se deteriore más de la cuenta, aunque se coloca alrededor del 16% del PIB, más de 4 puntos por debajo del nivel de los años sesentas.

Un estudio llevado a cabo en la Contraloría General de la República señala una fuerte correlación entre la inversión y los beneficios, como lo pronosticaría una teoría de tipo Keynes Kalecki<sup>2</sup>. Existe un efecto doble que explica este comportamiento: los beneficios financian la mayoría de las nuevas inversiones pero estas, a su vez, tienen un impacto sobre la demanda y la utilización de planta que contribuye a que los beneficios se amplíen. El hecho de que el coeficiente global de inversión haya perdido una quinta parte de su amplitud en el período estudiado implica que la demanda también ha crecido más parcamente que en el pasado. Hay que aclarar que en una economía que tiene un departamento incompleto de medios de producción, la inversión exige más importaciones que insumos locales, y si su componente público es aún más denso en productos extranjeros que el privado tenemos que, en el caso colombiano, la inversión global no sólo descendió sino que el cambio en su composición (privada y pública) contribuyó a que su multiplicador interno también disminuyera<sup>3</sup>.





Ahora bien, no se trata de un proceso simple de que la estatización estranguló el capital privado, puesto que los índices de tributación directa al mismo han descendido abrumadoramente y coincidencialmente en la fase de mayor deterioro de la inversión privada (ver más adelante). Tampoco se trata de políticas explícitamente contracíclicas por parte de la administración pública, aunque el margen político y monetario ofrecido por las caídas de la actividad económica han sancionado los incrementos de la inversión pública. Esta se ha desarrollado en varias direcciones como resultado de la naturaleza misma de las empresas públicas, que reinvierten todas sus utilidades (que a pesar de varios elefantes blancos van en aumento) y se endeudan para ampliar su formación de capital, mientras que las privadas invierten una fracción de sus utilidades (en descenso) y no todo su endeudamiento va a ensanchar su planta y equipos. Se destacan los distintos comportamientos, así: mientras que las públicas invierten en papeles financieros el 11.2% de su inversión total, las privadas lo hacen en el 30% del mismo rubro y mientras que las últimas invierten montos superiores a sus ganancias (obviamente se endeudan más), las privadas reinvierten sólo el 40% de sus utilidades<sup>4</sup>.

La investigación de Acosta señala además varios fenómenos interesantes: a) un aumento de las inversiones de tipo financiero de las

empresas en la segunda mitad de la década del 70; b) “a comienzos de los años cincuenta la retención interna de utilidades era del 50%, en claro contraste con el 26% que se retiene desde 1970”; c) la inversión que se lleva a cabo se financia en 50% con fuentes externas (que es de 10% en países maduros) (p. 155).

El sector público se ha ofrecido como garante de riesgos de las transnacionales en inversiones mineras, las cuales explican una parte apreciable del fuerte incremento registrado en la inversión pública en el período 1979-1985. El financiamiento externo es fácil en tales ocasiones y se otorga sin consultar la capacidad de pago del gobierno. Si bien este ha absorbido las pérdidas más protuberantes de los proyectos que han fracasado y sólo ha apropiado una parte de las rentas de los que han resultado exitosos, esto sólo se reflejará en el futuro de la inversión pública que ya en 1986 obtuvo una reducción sustancial.

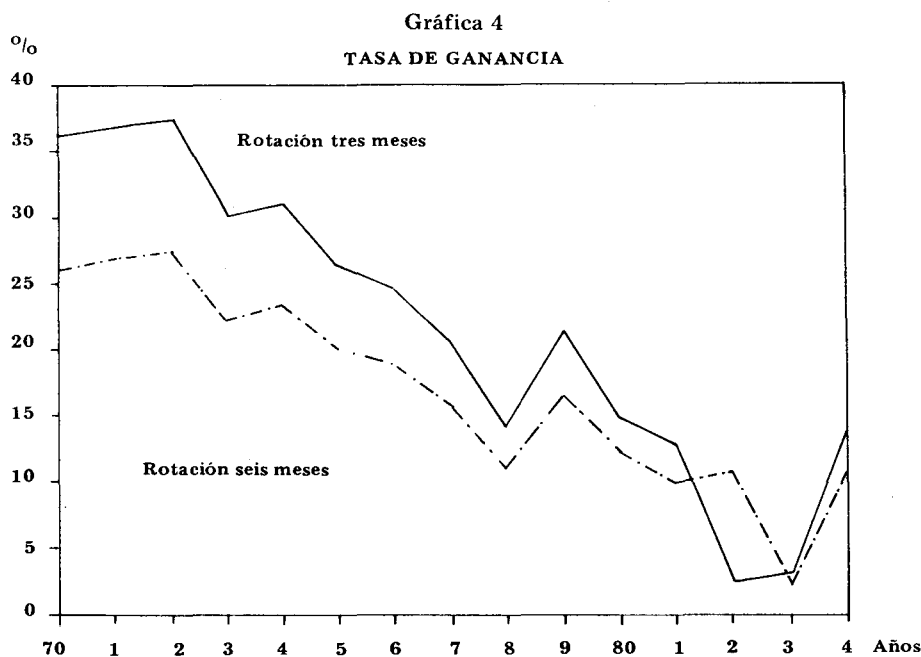
Las quiebras de buena parte del sistema financiero y de algunas empresas industriales han obligado a la nacionalización de bancos y al otorgamiento de subsidios públicos a la empresa privada, lo cual puede aumentar el índice de inversión pública. Por último, de nuevo las facilidades del endeudamiento externo para la construcción de hidroeléctricas y sistemas de telecomunicación han favorecido un apreciable incremento de la inversión pública. El hecho de que buena parte de estas inversiones públicas hayan sido financiadas externamente, sin que el gobierno haya ampliado su base tributaria para sustituir las fuentes externas agotadas, significa que en el futuro la inversión pública tenderá a deteriorarse (en 1986, por primera vez en muchos años, el balance externo neto de capitales de gobierno fue negativo en -1% del PIB y una estimación del DNP y el DANE para 1986 señala una caída de la inversión pública del 10% del PIB en 1985 a 5.8%). En todo caso, la confluencia de estos factores con el proceso de deterioro de la empresa privada hizo que por primera vez en la historia la inversión pública superara a la privada en 1985.

### Los excedentes industriales

Que la inversión privada haya perdido tanto peso en el producto refleja otro hecho que aparece claramente en las estadísticas: la reducción de largo plazo de los beneficios en toda la economía y particularmente en la industria (Gráfica 3 y 4). Tanto el excedente bruto de explotación de la economía (pierde unos 10 puntos del PIB entre 1960 y 1986, a pesar de una leve recuperación en los dos últimos años) como el de la industria acusan descensos, lo mismo que el de

las sociedades no financieras que incluirían empresas de tipo comercial y que operan en la agricultura, los servicios (excepto el financiero) y la minería. El excedente bruto de estas pierde 2 puntos del PIB entre 1974 y 1984.

Un cálculo más limpio de los beneficios industriales es el de las ganancias netas de intereses, impuestos y depreciación, tal como aparece en la gráfica 4, en la que se aprecia no sólo su reducción de largo plazo sino también su inestabilidad. La causa fundamental para tal deterioro la he adscrito, en un ensayo anterior<sup>5</sup>, a la reducción de la productividad industrial, medida en varias formas, que incidió también para que la relación capital producto se incrementara. Un trabajo de Juan José Echavarría confirma rigurosamente una ampliación de planta y equipos mayor que la ocurrida con la producción: decrecimiento de la relación entre 1950 y 1971, de 4.5 a 2.7, e incremento de la misma entre este último año y 1983 a 3.4<sup>6</sup>.



$$g = \frac{B}{(C.I. + W) + \sum K}$$

Parece una contradicción que aumente más el stock de capital que la producción, dada la información anterior sobre el decremento de la inversión. Es posible que la información provista en las encuestas manufactureras sobredimensione el acervo de capital pero, al mismo tiempo, no es incongruente con el deterioro de la producción: ha podido aumentar la inversión más lentamente que en el pasado pero aún así superar ampliamente la demanda existente sobre la producción industrial.

La apreciación de que la inversión industrial está exagerada en las encuestas parte de que registra aumentos sustanciales de estas al tiempo que se reducen las ventas tanto internas como externas de la industria, por un período sustancial de tiempo. Y si, en verdad, los beneficios se derrumban y existe mucha capacidad sin utilizar ¿cuál sería la lógica de cambiar equipos y, además, como se financiarían?. La única explicación que es semisatisfactoria es que en tales momentos la industria local estaba sometida a una intensa competencia externa, fruto de la política comercial neoliberal, y parte de ella reaccionó adquiriendo mejores equipos para defender sus mercados. Este sería el logro mayor hacia la eficiencia por parte de las políticas neoliberales. Pero no habría respuesta alguna a la pregunta de cómo pudieron financiar cambios de planta si sus utilidades andaban por el suelo. Lo que parece ser cierto es que tanto la demanda interna como la externa perdieron la dinámica exhibida hasta 1974. Para la primera confluyeron muchos hechos: los salarios reales de todos los trabajadores se redujeron entre 1970 y 1978; el gobierno mantuvo un superávit en sus cuentas entre 1975 y 1979; la política tributaria atacó fundamentalmente el consumo, cercenando en 9% la participación en el PIB del de los hogares entre 1970 y 1986, aunque este fue sustituido en parte por el consumo del gobierno. El otro logro neoliberal consistió entonces en sesgar la distribución de la renta en favor del interés y a costa del salario (hasta 1978) y de la ganancia industrial (hasta 1984). Al mismo tiempo, se desgravaron las importaciones, cuyos tributos cayeron 0.6% del PIB entre 1975 y 1984, que en términos unitarios revela una descarga del 49% del nivel tributario del año base, lo cual contribuyó a desviar la debilitada demanda interna hacia las importaciones; el superávit de cuenta corriente del período 1976-1979 se vió neutralizado por el superávit fiscal y contribuyó a revaluar el peso. Más adelante se abrió el déficit en cuenta corriente más amplio registrado en la historia colombiana, contrarrestado por el déficit fiscal solamente en 1983.

**La penetración importadora no tardó en hacerse sentir. Con un peso revaluado en 30% frente a su nivel de 1975, y con una desgra-**

vación unitaria de las importaciones equivalente al 50%, al tiempo que el contrabando era legalizado en la práctica, el coeficiente global (y legal) de importación se amplió 5% del producto entre 1979 y 1982. Si estimamos el contrabando en US\$750 millones por esos años, obtendríamos que la euforia de consumo extranjero añadiría otro punto del producto esfumado en importaciones. El resultado fue una reducción en el mercado local de la industria en todas sus ramas y, en especial, según Chica<sup>7</sup>, para los sectores que producen bienes de capital y bienes intermedios.

En 1982, dos años después de la destorcida cafetera, las importaciones alcanzaron un cenit histórico de US\$5.450 millones, al tiempo que las exportaciones no llegaban a US\$3.000 millones. La demanda interna estaba muy debilitada y volcada sobre las importaciones. Pero la administración Turbay había confiado tanto en el automatismo del mercado, que no quiso intervenir y racionar las importaciones. Total: contracción de la producción industrial en 4% durante dos años. Bien se puede argumentar que la crisis fue peor en otros países latinoamericanos, pero lo importante de resaltar es que una política de racionamiento a partir de 1981 pudo suavizar sustancialmente la recesión que envolvió al país.

En el debilitamiento de la demanda externa confluyeron el descenso de la actividad en los países con que comercia Colombia y sus políticas proteccionistas. La revaluación del peso contribuyó a la pérdida de mercados externos al reducir la rentabilidad que había tenido el vender en dólares. El mismo estudio de Echavarría citado atrás revela que las exportaciones representaron el 8.9% del producto industrial en 1974, cayeron al 4.4% en 1979 y en 1983 se mantuvieron en 4.6%.

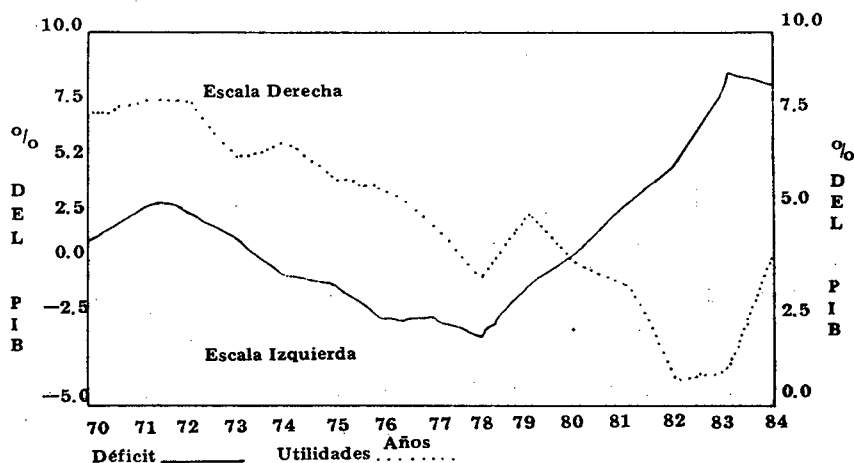
Otros elementos citados en el anterior estudio sobre la rentabilidad industrial se hallan relacionados con factores de orden financiero. Aquí también la política neoliberal contribuyó a cambiar la distribución del excedente entre interés y ganancia industrial, al dispararse las tasas reales de interés, en momentos en que la liquidez se reducía con la pérdida de ventas nacionales y extranjeras. Las necesidades de refinanciar inventarios, cartera mala y gastos fijos a tasas de interés muy elevadas permitieron que los intereses absorbieran la mitad de un reducido excedente industrial en 1983.

## El balance de acumulación

Los cruces que hemos hecho entre las ganancias industriales, el déficit fiscal, el de cuenta corriente y la misma inversión permiten alcanzar algunas conclusiones de tipo "clásico" aunque con diferencias que se pueden especificar en una intervención del Estado muy inferior a la de un país maduro, en términos del consumo y la inversión gubernamentales: la mitad de la que exhiben las economías más liberales (Estados Unidos) y más de un tercio de las que cuentan con mayor intervención (países nórdicos). Por otra parte, tanto la inversión privada y la pública son densas en importaciones por la ausencia de ramas de bienes de equipo y, en consecuencia, su efecto sobre la demanda se filtra en buena medida hacia el exterior.

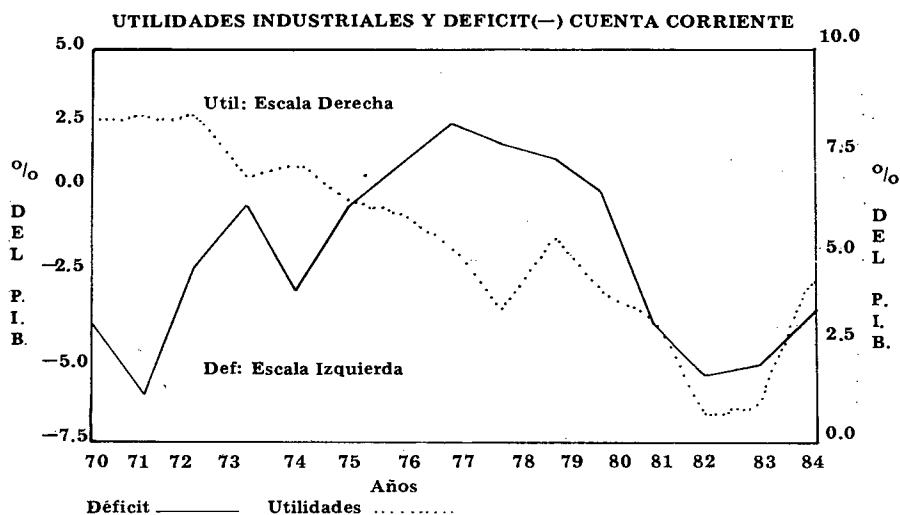
Con relación a la demanda adicional (o sustracción de la misma) que crean las operaciones netas del gobierno (Gráfica 5), se puede afirmar que la reducción del déficit a partir de 1972 y la entrada en superávit entre 1975 y 1978 es un elemento que se une a los anotados de carácter estructural (caída de la productividad y posterior estancamiento) para hacer derrumbarse con mayor intensidad las ganancias industriales. El déficit fiscal que se empieza a formar a partir de 1980 logra estabilizar la caída de las ganancias solo en 1983 y después de haberse acercado al 8% del PIB.

Gráfica 5  
UTILIDADES INDUSTRIALES Y DEFICIT(I) PUBLICO CONSOLIDADO



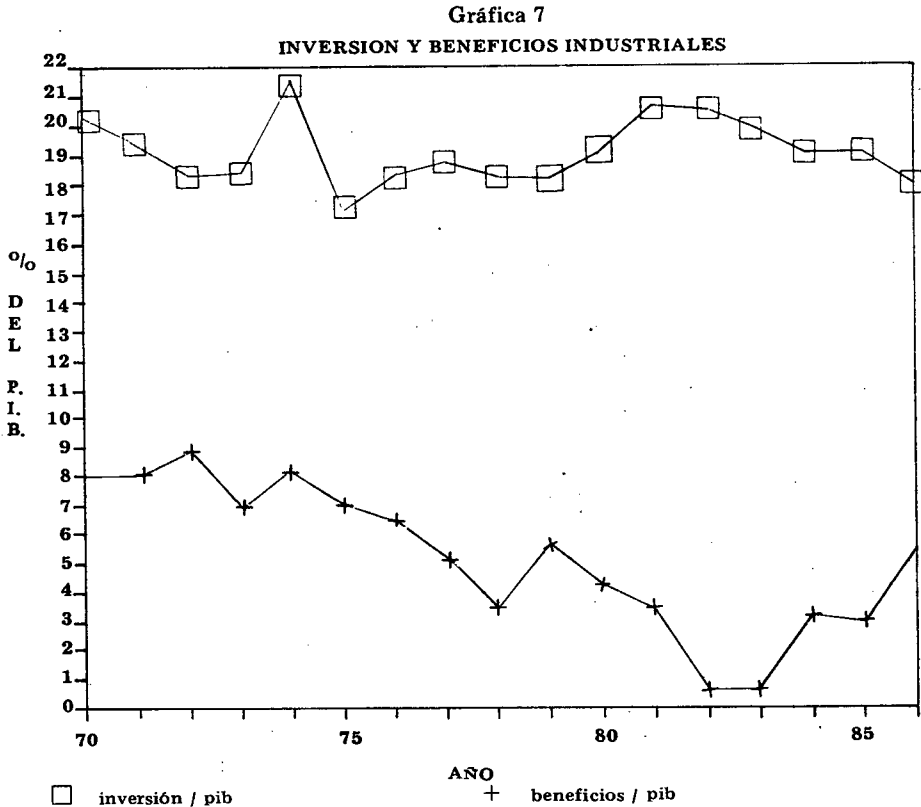
El comportamiento del balance en cuenta corriente (Gráfica 6) muestra por qué el déficit fiscal tarda tanto en operar, pues se trata de neutralizar una sustracción de demanda que alcanza el 6% del PIB en 1982 y 1983. El déficit comercial es todavía mayor y es contrarrestado en el de cuenta corriente por los altos flujos de endeudamiento fresco, por lo menos hasta 1982, lo cual significa que su impacto sobre la producción industrial es mucho mayor que el representado por el resultado del balance en cuenta corriente. La reducción de este déficit entre 1971 y 1973 y superávit de 1976 en adelante tiene un comportamiento perverso, como anotábamos atrás: primero, porque la demanda es inflada por una renta y no por un volumen de producción industrial exportable, y ella se va a dirigir hacia las importaciones en los años subsiguientes; segundo, porque el exceso de demanda resulta inflacionaria, ya que la agricultura responde muy mal en la coyuntura (inflación del 35% en el 77 con una media para la década del 22% anual). Tal superávit crea las condiciones para su destrucción, pues contribuye a revaluar al peso (se devalúa en proporción muy inferior a la inflación), financia la penetración importadora y debilita las exportaciones que no obtienen rentas en el exterior. Se trata de un superávit pequeño, de sólo un 3% del PIB, aunque se hará mayor porque las exportaciones de marihuana no se contabilizan, pero alcanza a trastocar las relaciones de precios en grado sumo, porque el gobierno no cuenta con la capacidad política de movilizar los excedentes del sector cafetero hacia el exterior o de congelarlos temporalmente en sus arcas. El presidente dice

Gráfica 6



entonces “La bonanza es de los cafeteros”, cuya consecuencia es la inflación para el resto del país. De todas maneras, el superávit externo hace recuperar las utilidades industriales en 1979, como se puede observar en la gráfica, pero su cambio de signo a partir de 1980 las arrastra con fuerza hacia abajo.

En torno a la inversión (Gráfica 7), dominada en buena parte, como ya se vió, por la pública, tiene aparentemente efectos jalona- dores en 1974 y 1979 y frenadores en 1977 y 1978, pero su pico de 1981 no contrarresta el debilitamiento de las ganancias, aunque de no haberse dado probablemente estas hubieran caído más todavía. También es de anotar que las inversiones públicas del período fueran aún más densas en importaciones que las comunes, pues estuvieron destinadas a abrir la minería del carbón y a la explotación petrolí- fera, aunque hubo una parte asignada a las hidroeléctricas, que por lo menos son densas en cemento nacional.





La relación entre ganancias industriales e inversión privada es mucho más nítida y se puede inferir que las primeras determinan a esta, aunque obviamente habrá también un efecto demanda. Como cerca de la mitad del componente de la acumulación de capital debe ser importado y tal coeficiente aumentó por la liberación de importaciones, la demanda remanente sobre bienes locales se debilitó.

### Perspectivas

La reactivación de 1984 y la de 1986, complementadas e impulsadas en buena medida por el alza de aranceles y el racionamiento de importaciones, por la bonanza cafetera que reactivó la demanda, vía un superávit comercial apreciable, han mostrado también que algunos de los problemas estructurales de productividad en la industria y de generación de excedentes han sido relativamente superados. Es notorio el cambio en las prácticas de contratación, que favorecen el trabajo temporal y por encargo, el cambio técnico en el control del trabajo, el remezón administrativo y las prácticas más conservadoras de financiamiento de sus operaciones. Los tipos de interés se estabilizaron en 6 ó 7% por debajo del nivel de 1982. La rentabilidad se recuperó ampliamente en 1986 y en 1987 reventó una euforia capitalista poco antes vista en el conservador país colombiano.

La paridad cambiaria alcanzada en 1985 y la baja de costos unitarios que se desprende de una mayor utilización de la capacidad industrial, como también el mismo aumento del grado de explotación del trabajo, pueden estar favoreciendo una recuperación de las exportaciones, pero todavía se está bastante lejos de los niveles alcanzados en 1974. La utilización, según la encuesta de opinión de Fedesarrollo, está oscilando alrededor del 75% superando el 85% en las ramas de textiles y confecciones. En todo caso, los niveles de importación de equipos y materias primas en 1987 obtuvieron niveles un poco más altos que los de 1984.

La situación política que amenaza con generalizar una guerra sucia y la inseguridad en general de los empresarios han debido presionar, desde hace ya varios años, importantes fugas de capital nacional que tuvieron como contrapartida la importación de capital de trabajo mafioso (por eso no alcanzan a manifestarse en la balanza legal de pagos). Este puede ser un factor que frene una oleada de inversiones para enfrentar los niveles de actividad más altos alcanzados por la economía durante los tres últimos años. De hecho, el único sector de gran inversión en el presente es la actividad de construcción privada de vivienda.

**CUADRO 3**  
**Balance externo del sector público**  
**Como porcentajes del PIB**

	ACERVO			ACERVO
	Mg	Pg	Mg-Pg	DEUDA
1975	3.0	1.8	1.2	18.8
1976	1.7	1.7	0.0	16.7
1977	2.0	1.7	0.3	14.3
1978	1.4	1.7	-0.3	12.3
1979	3.5	2.3	1.2	12.4
1980	3.0	1.6	1.6	12.5
1981	3.6	1.8	1.7	14.2
1982	3.3	2.4	0.9	15.7
1983	3.5	2.5	0.9	17.7
1984	4.6	3.1	1.5	21.3
1985	5.4	4.3	1.1	28.3
1986	3.4	4.4	-1.0	34.5

FUENTES: Cuentas Nacionales 1970-1983, Dane; Revista del Banco de la República, Cuentas del Sector Petrolero, Ecopetrol

1/ Utilizaciones de préstamos externos.

2/ Servicio de la deuda pública externa.

Las perspectivas que tiene el sector público para emprender inversiones, como se advirtió atrás, son muy negativas. Como se puede observar en el Cuadro 3, el balance del flujo de capitales —préstamos frescos contra servicio de la deuda— fue positivo todo el tiempo, con excepción del año 1978; en este, el gobierno, con superávit, decidió no endeudarse más en 1986, el balance se torna negativo. El acervo de la deuda externa se triplica durante el período frente al PIB. Así las cosas, más de una cuarta parte del gasto público está comprometido en servir la deuda, y el endeudamiento fresco se ha dado, pero en un monto inferior al de su servicio, de tal modo que la inversión pública no tiene cómo financiarse, como tampoco los programas sociales del gobierno.

Existe de todas maneras un considerable excedente (plusvalor industrial y rentas del narcotráfico) disponible para ser invertido. La recuperación de la rentabilidad puede haber contribuido más a la fuga de capitales, al juego especulativo (las movidas en bolsa de sobrevaluación de acciones) y al consumo de lujo que a la inversión propiamente dicha. Esta obtuvo algún crecimiento, 12% en términos reales en 1987, pero sigue estando muy lejos de las cotas alcanzadas

dos décadas antes. Si ésta se desatara encontraría quizá una barrera adicional: el país debe destinar 5.5% de su producto para servir su deuda externa y destinar la mitad de sus exportaciones para ese propósito. Si no logra refinanciamiento externo adecuado deberá comprimir sus importaciones y la inversión no podría materializarse. Recordaría el caso del Brasil en 1986, que tenía ocupación plena y debió optar por aplazar el pago de su deuda y no sacrificar la inversión. En ambos casos las presiones inflacionarias son fuertes: aunque Colombia no presenta índices tan altos como los del Brasil, el ritmo actual es 50% superior al que obtuvo en medio de la recesión.

Hacia dónde va el presumible modelo colombiano no es difícil de predecir: continúa en la senda neoliberal, pagando cumplidamente su deuda externa, favoreciendo el ahorro de sus capitalistas y sus consumos suntuarios, dependiente de rentas de exportación; en caso de obtenerlas, el país tendrá toda la aprobación ideológica para financiar nuevamente la liberación de su comercio y el estancamiento de su industria; esperando, por último, reconfirmar la absoluta libertad de sus grupos financieros.

#### NOTAS

1. Rudolf Hommes, "Indicadores del desempeño industrial: elementos para estudiar la organización industrial en Colombia", en Mauricio Avella (comp.), *Crisis y capitalización de la industria en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1986.
2. Tenjo, Fernando, "Acumulación, balance externo e inversión", Contraloría General de la República, Mimeo, 1987.
3. Kalmanovitz, Salomón, *Economía y nación: una breve historia de Colombia*, Bogotá, Siglo Veintiuno Editores, 1985, p. 509.
4. Acosta, Olga Lucía, "Estructura financiera de las sociedades. Ejercicio de aplicación de las cuentas financieras", en *Ensayos sobre Política Económica*, No. 10, Banco de la República, Bogotá, diciembre de 1986.
5. Kalmanovitz, Salomón, "La rentabilidad decreciente de la industria en Colombia", en *Ensayos escogidos de economía colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional, 1986.
6. Echavarría, Juan José, "La evolución de la industria en Colombia", Universidad Nacional, Mimeo, Bogotá, 1987.
7. Chica, Ricardo, "El desarrollo industrial colombiano, 1958 - 1980", en *Desarrollo y Sociedad*, No. 12, Bogotá, 1983.